



Desmenuzando unos textos empapados de vida

¡Oh Enmanuel!

Estamos a la puerta de la Navidad. En este domingo, cuarto de Adviento, se nos revela un misterio que ha estado guardado en el silencio del **'corazón'** de Dios a lo largo de los siglos.

Este día del Señor se inicia con el canto de las primeras vísperas. A la plegaria del Magníficat se le antepone la antífona que lleva por título **¡Oh Enmanuel!** Es el Dios Altísimo que se presiente cercano (Sal 118,151).

El Creador que vela por la obra de sus manos (Sal 11,25), por su pueblo (Ex 19,4; Sal 45,8-12). El deseo de que la Sabiduría estableciese entre nosotros su casa - así se pedía el día 17 en la antífona del Magníficat-, se hace realidad en las entrañas de María mediante la obra del Espíritu Santo. (Mt 1.21: Lc 1.28.35). La súplica *¡Ven a salvarnos, Señor Dios nuestro!*, con la que concluya la mencionada antífona, se transforma en un anhelante y expectante *"Cielos, destilad desde lo alto"* con el que se inicia la celebración eucarística.

Cielos, destilad desde lo alto

Es el ruego del pobre, del mendigo que eleva su voz y pide que venga el Deseado de las naciones. Ya se saborea la cercanía de quien viene a perdonar y redimir. Sobre el árido desierto de nuestras tinieblas, desciende el **'Rocío de Vida'** que hace florecer el desierto (Is 35,1-10) en el que nos podemos encontrar. El dolor que la Iglesia siente, tal como se expresa en este canto, no es una censura que se hace; en él no se niega la realidad

que se percibe, no se cierran los ojos ante el mal que nos invade. Se transforma en delicia por las palabras que del cielo descienden como resultado de su súplica:

"Consuélate, consuélate, pueblo mío (Is 40, 1): pronto llegará tu salvación; yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Redentor (Is 43, 1. 3). Yo te salvaré"

Un proyecto increíble



Una **rosada nocturna**, que se pide con apremiante anhelo, va a empapar el **"Paraíso de Dios"** que es María gracias a su concepción inmaculada. El asombro envuelve el diálogo que se lleva a cabo. El ángel se admira por la belleza que contempla. La saluda, como los antiguos profetas lo hacían con la Ciudad Santa, diciendo: **¡Alégrate!** María también está extasiada. Tiene el presentimiento que está ante un misterio que la sobrepasa y pregunta como fruto de su asombro. Cuando el hombre se encuentra con el Altísimo, su corazón se llena de fascinación y desconcierto. Es un proyecto increíble que ella escucha maravillada: *"dar a luz un hijo, que se llamará Hijo del Altísimo"* (Lc. 1, 31-32) y en él no hay lugar al miedo (Lc. 1, 30).

Un "sí" fruto de la libertad en que se vive

El valor del **"sí"** de la Virgen radica en la libertad que la envuelve. Todos los destierros se terminan. Las promesas se hacen realidad (sl. Responsorial) a modo de preciosa aurora. Las humillaciones cesan. El Altísimo, por medio del profeta Samuel, anuncia: *"El Señor te anuncia que te va a edificar una casa"* (II Sam. 7,11) que se mantendrá siempre en Su presencia. La novedad que se co-

munica a María es el signo más claro de esta cercanía salvadora.

Solo Dios podía darnos un hombre así

El cuarto domingo de Adviento, que siempre cae dentro de las ferias mayores de Adviento (los siete días que preceden a la celebración del nacimiento de Jesús), nos habla de la acción de Dios en una mujer, María de Nazaret: verdaderamente **grandes obras ha hecho en ella el Todopoderoso**. (Lucas 1:49)!

He aquí el misterio de la encarnación ante el cual sólo podemos adorar, contemplar y agradecer. Sólo Dios podría darnos un hombre como Jesús y, a este regalo, la Virgen respondió con un **"amén"**; un sí voluntario. María es la mujer de Nazaret a la que el Todopoderoso eligió haciéndola objeto de su gracia, de su benevolencia, de su amor totalmente gratuito.

Cada día, a la mañana, al mediodía y a la caída de la tarde, se nos invita a recordar el misterio que hoy celebramos en la plegaria del ángelus. La oración con la que se concluye es la oración colecta de este día. En ella, se pide al Señor que infunda en nosotros esta gracia que María ha recibido con fe y humildad, para obtener la gloria de nuestra feliz resurrección. Todo un modelo a seguir: **humildad y generosidad**.

Encarnación y resurrección vienen a ser como las dos caras de la misma moneda íntimamente unidas por la **"pasión y la cruz"**. Es la obra de nuestra redención.



Orando en la escuela de los salmos



Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades.

Porque dijiste:

«La misericordia es un edificio eterno, más que el cielo has afianzado tu fidelidad».

Sellé una alianza con mi elegido,

jurando a David mi siervo:

«Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades.»

Él me invocará : «Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora.»

Le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable.

Alas puertas de la Navidad, el Espíritu Santo pone en el corazón de la Iglesia el salmo 88 (89). Con el se cierra la tercera parte de las cinco que componen el salterio. Es probablemente fruto de varios autores, pero tiene, así podríamos decir, "unidad orante". En él se combina un himno, en el que se celebra la grandeza de Dios, con una suplica que se hace ante la humillación en la que se vive y que causa un profundo dolor.

La lectura primera nos hace saborear la promesa hecha por Natán al rey David y, en el evangelio, después de mil y un vicisitudes históricas, se hace realidad, de forma desconcertante, en María. Entre el anuncio y el cumplimiento una plegaria que se eleva

al cielo, a modo de precioso incienso, en la que se celebra la fidelidad de Dios a la alianza hecha con su pueblo.

A pesar de todo y contra todo, el ser de Dios que se da a conocer en este salmo, en Cristo, toma rostro humano. El Altísimo es todo menos un espectador frío e inerte ante el sufrimiento del mundo. Es un Dios "compasivo", que hace suyo el dolor de las criaturas y las ayuda con fidelidad y misericordia.

Incluso frente a las mayores atrocidades que se puedan dar, la fe cristiana da testimonio, y lo celebra con gozo en este salmo, de su confianza en la fidelidad divina.

Kazoh Kitamori (1916-1998), uno de los más originales pensadores cristianos de Japón, a raíz de la trágica experiencia del horror de Hiroshima y Nagasaki escribió, como fruto de su meditación sobre aquel terrible dolor, el libro que lleva por título "Teología del dolor de Dios". Para este autor el dolor del hombre se convierte en símbolo del sufrimiento de Dios, porque Dios y el hombre están unidos por él.

Ante cada padecimiento, quien cree, confiesa la cercanía tierna y fiel de Dios: «en lo más profundo del misterio de la Cruz actúa el amor» -escribió Juan Pablo II en la encíclica *Dominum et vivificantem* (1986)- y el amor es expresión de una fidelidad entrañable. Es la revelación de esta fidelidad en el amor, la que llevó a Orígenes (184-c253) a afirmar: «¡El Dios fiel y enamorado nunca abandonará a ninguno de sus hijos!» Es el compromiso de Dios con la obra de sus manos, la que este salmo canta a las puertas de la Navidad como misterio a contemplar, agradecer, adorar, celebrar y vivir.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo IV de "Adviento" "B"

Un texto para guardar en la memoria del corazón



En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»...

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús...

El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios...

María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.